



Bororo:
Sin título.
 (Óleo-tela. 1985)

la elaboración planificada. Este predominio se debe, en gran parte, al ejercicio de una docencia artística impartida por la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile —el único centro formador hasta fines del decenio del cincuenta— donde los profesores fueron, en su mayoría, solidarios con una práctica proyectiva-sentimental. Este hecho explica la escasa repercusión que tuvo la abstracción geométrica, por ejemplo, o cualquier otra propuesta de orientación analítica basada en la reflexión del propio lenguaje artístico.

Si analizamos ahora las condiciones de la producción artística, advertimos las enormes dificultades de sobrevivencia de nuestros artistas, afanados en múltiples ocupaciones para poder sobrevivir, perdiéndose la continuidad y la profundidad en el traba-

jo específicamente artístico. Si a esto se agrega la seducción del arte internacional avalado por un poderoso circuito de distribución que consagra y, sobre todo, comercializa las obras, comprenderemos su desequilibrante presencia que se impone casi por su sola aura, pudiendo prescindir de la comparecencia física de las obras, reemplazadas por su reproducción en revistas y catálogos. Por otra parte, una extensa bibliografía histórica y crítica elaborada por historiadores y críticos europeos y norteamericanos se encarga de establecer los marcos teóricos que, igualmente, se asimilan en nuestras latitudes. Es indudable que no tenemos ninguna capacidad consagratoria. Pretender la consagración internacional desde Chile es una vana ilusión. Si en el siglo XIX el máximo anhelo de un artista fue viajar a Europa para conocer directamente su arte, en el siglo XX se prolonga esa aspiración hasta el punto de que el exilio se ha transformado en una necesidad. Tal como lo ha afirmado el ensayista y escritor argentino Saúl Yurkievich: «Exportamos artistas e importamos estéticas».

Hasta la década del cincuenta hubo una estrecha vinculación entre la actividad artística y el apoyo del Estado. Tal como se indicó fue la Universidad de Chile, institución estatal, la que asumió la responsabilidad académica en la formación de los artistas y, a la vez, en la difusión de sus resultados, creando un espacio expositor propio, el Museo de Arte Contemporáneo (hoy cerrado, desde el terremoto de 1983) y una programación permanente de extensión cultural. Por otra parte, el Museo Nacional de Bellas Artes, fundado en 1910, se ha encargado de conservar y exponer el patrimonio artístico del país. Este prodominio estatal en el circuito interno del arte hizo posible un mecenazgo que permitió a muchos artistas mantenerse en permanente actividad, gracias al trabajo docente como profesores de la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile. Durante el régimen militar esta vinculación entre el Estado y el arte se debilitó acentuadamente. Al ponerse en práctica el principio del Estado subsidiario, el gobierno declinó su responsabilidad cultural transfiriéndola al campo privado. El papel de la empresa privada en estos años de dictadura, ha sido de marcadas oscilaciones que van desde su activa presencia al auspiciar concursos, otorgar ayuda económica y becas hasta su ausencia total. Todo depende del comportamiento de los indicadores económicos.

Durante la primera mitad del siglo XX predominó en el interior del medio artístico una concepción estética próxima al arte por el arte que se tradujo en un alejamiento de toda relación con la contingencia histórica. Fue el fruto de una concepción idealista que mantuvo distancia respecto al acontecer histórico, sobre todo si aparecía bajo los signos del deterioro y la alteridad. La concepción que había de la belleza se vinculaba con aquellas posturas que veían en el arte un proceso sublimador de la existencia por encima de las vicisitudes de la vida cotidiana. La belleza se concibió como un valor absoluto, estable y permanente, sin que la modificaran los cambios históricos. En estas circunstancias, la contribución de las artes visuales en la creación de un imaginario con proyección social resultaba una empresa muy difícil. Sólo una élite accedía al arte, más por esnobismo que por una preocupación cultural, porque los